



Fernad Hayward.—LEON XIII.—Trad. española del francés, por J. Carbone. Edit. Litúrgica española, S. A., Barcelona 1952. 381 págs.

El autor de esta obra es un suizo especialista en historia del Papado y, procedente del protestantismo, se convirtió a la fe católica. Hay en aquélla, severa documentación y fluidez que permite descubrir a través de la acumulación de fechas, nombres, lugares y acontecimientos la espléndida luz de la figura y la tarea, ambas ingentes, de uno de los Pontífices más grandes de la Iglesia. Precisamente en el año pasado se cumplió el cincuentenario de su muerte y Hayward y sus editores han sabido rendirle un adecuado homenaje.

Puestos a definir en un solo rasgo a León XIII, a quien no sin razón se le comparó con Inocencio III, habría que decir de él que «comprendió a su tiempo» Y su tiempo (a la muerte de Pío IX, el Papado aparecía un noble vencido: todo se había perdido menos el honor de la Cruz, dice el prologuista Cardenal Baudrillart) fué excepcionalmente crítico y decisivo para la Iglesia.

Hayward nos lo describe a través de Italia, Francia y Alemania, tres países que de modo especial recibieron los impactos benéficos de aquella «mirada de águila» y aquel nervudo ademán del sucesor de S. Pedro. En Italia está al rojo vivo la «cuestión romana» y se respira la atmósfera sectaria que insufló Garibaldi (Hayward escribió en 1933 un valioso libro sobre tal personaje y su época); enrolada en la Triple Alianza, frente a Francia, Italia será siempre una obsesión del Pontífice, quien no pudo más que alentar, no realizar, la ansiada «conziliazione» que el propio Cavour había propugnado. Podría notarse cierta «debilidad sentimental» de León XIII por Francia, sujeta entonces a la influencia de Gambetta, de Pablo Bert, de Julio Ferry (el de las leyes escolares anticlericales) y de Combes (el de la ley de congregaciones); de la francmasonería, en fin. Ante estas fuerzas y en este ambiente, el Pontífice tenía que realizar prudentísimos y firmes esfuerzos para hacer triunfar entre los católicos partidarios del legitimismo monárquico, lo que él estimó la política más conveniente y posible en orden a los intereses de la Iglesia: la de adhesión al Régimen, como remedio contra la persecución y el laicismo. Una actitud que informará en lo sucesivo la doctrina de los papas, encarnándose en los partidos «populistas y derechistas» que advinieron al escenario político a fines del siglo XIX y en el XX. Es ésta una cuestión debatida entonces y ahora. Servirá para iluminarla, el hecho de que las intenciones del Pontífice tenían alcances profundos para el Occidente, pues el conseguir que Francia se mantuviera en unión y amistad con la Santa Sede, aun a costa de los mayores sacrificios y transigencias, representaba lograr un frente ante las amenazas de ciertas fuerzas incubadas en Alemania por la Kulturkampf. Pero esta visión del porvenir no podía alcanzarse por la «cristianísima» Francia, gustosa siempre de ciertos devaneos culturales y políticos.

Bismarck fué el otro contrapunto de León XIII. Y nada revela tanto su respectiva personalidad como el duelo que ambos mantuvieron, a cuyo fin el Canciller de Hierro fué conquistado por la enorme inteligencia y ductibilidad del Papá. Las páginas dedicada por Hayward a la actuación del Zentrumspartei, capitaneado por otro gigante de la lucha religioso-política, Windthorst, son igualmente expresivas de la acción a distancia que León XIII realizó en pro de la Iglesia y los católicos en Alemania.



Se comprenderá que un pontificado de veinticinco años no puede resumirse en breves páginas, ni aún manejando un criterio selectivo de los hechos como el que respira este libro. Por eso ha de consignarse aquí también esa «irradiación» de León XIII sobre los diversos países del mundo que Hayward recorre con acierto. A propósito de nuestra Patria se consignan por el autor conceptos laudatorios sobre Cánovas del Castillo; se refleja el incidente del «nocedalismo» y el pleito de las Carolinas, así como se plantea el problema de la unión de los católicos que mereció de León XIII su inolvidable encíclica «Cum multa sint» de 8 de diciembre de 1882.

Pero León XIII no sólo fué un gran gobernante, sino también un fecundo y luminoso Maestro de la grey católica. Ya apuntaba estas cualidades la biografía pre-papal y ya se comprendió así por el Cónclave que lo eligió. Todo ello es objeto de interesante análisis en este libro. Pero lo que más debemos destacar es el examen del pensamiento del Pontífice que el autor hace a través de sus encíclicas—documentos que prodigó con preferencia a otros más breves o menos solemnes—. Si la «Rerum novarum» constituye la Carta magna de la Iglesia sobre la cuestión social, León XIII se nos aparece como conocedor y previsor del socialismo, nihilismo y comunismo (Quod apostolici muneris), defensor del matrimonio cristiano (Arcanum Divinae), delador de la masonería (Humanum Genus), restaurador de la Filosofía de Santo Tomás (Aeterni Patris) y de los estudios bíblicos (Providentissimus Deus); preocupado por la unión de las Iglesias (Orientalium Dignitas) y por las misiones (Christi nomen); prudente juzgador del «americanismo» (Testem benevolentiae, carta al Cardenal Gibbons)..., por citar sólo los más destacados de quien, a su vez, fomentó la vida espiritual de su grey con devociones fundamentales de definitivo arraigo.

Tal vez, sin embargo, lo que más deba destacarse aquí sea su magisterio sobre la posición doctrinal y práctica de los católicos ante los problemas políticos. Sus encíclicas «Diturnum», sobre el principado civil, «Nobilissima gallo-rum gens», sobre la familia y la sociedad; «Inmortale Dei», sobre la constitución cristiana de los Estados; «Libertas praestantissima», sobre la libertad humana; «Sapientiae christianae», sobre los deberes cívicos de los cristianos; «Au milieu», sobre las formas de gobierno; «Nous ne voulons pas», sobre religión y política; «Graves de communi», sobre la Democracia... todas ellas son un depósito venerable para el mundo contemporáneo ansioso de fórmulas superadoras de la crisis histórica propia de la sociedad de masas y de un Estado cada vez más absorbente.

Consuela el ánimo recordar en estos instantes figuras, desvelos y doctrinas como los de León XIII. La obra de Hayward nos ha revelado una vez más la inagotable fecundidad de la personalidad humana cuando se pone al servicio de Dios y busca ante todo el bien de sus semejantes. Una personalidad que queda reflejada también en esos dos últimos poemas del Papa, escritos cercana ya su muerte, que se insertan como uno de los dos apéndices (el otro es la relación de actas y documentos desde el 28 de marzo de 1878 hasta el 22 de junio de 1903) con que se cierra el volumen. En el primero de dichos poemas, León XIII, ante la proximidad del Juez Supremo, contrapesa su temor con una humilde confianza. Es un rasgo final, vigoroso de aquel alma excepcional que se albergó siempre en un cuerpo enjuto, casi traslúcido...

Juan Candela Martínez

